



El Discernimiento

ESPIRITUALIDAD DE SEGUIMIENTO DE JESÚS, CONDUCTOS POR EL ESPÍRITU, PARA MAYOR GLORIA DE DIOS¹

Me propongo desarrollar el tema de la espiritualidad del discernimiento haciendo una reflexión teológica en unos pocos puntos:

1. El discernimiento como espiritualidad trinitaria;
2. El discernimiento como contemplación para «reconocer» el Amor y entregarle nuestra libertad;
3. El examen como praxis para descubrir cómo acontece Dios en nuestra vida y cómo respondemos a su acción;
4. El discernimiento como actitud espiritual;
5. La misericordia, clima de todo discernimiento.

Voy a enunciar brevemente la reflexión sobre cada punto, dejando espacio para su profundización en la oración y en el compartir comunitario. Remito a los lectores a un artículo mío, con el título: «Reconocer» el Amor para entregarle nuestra libertad».

¹ Publicado en *Reflexiones CIRE*, Vol XII, 3-4 (julio-diciembre 1986) 79-93.

UNA ESPIRITUALIDAD TRINITARIA

No debemos pensar que el discernimiento es un apéndice de nuestra espiritualidad, un complemento importante aunque marginal en nuestra vida cristiana. El discernimiento pertenece a las entrañas mismas de la espiritualidad cristiana. Es, en síntesis, la práctica del seguimiento de Jesús, conducidos por el Espíritu, para anunciar y hacer realidad el reinado del Padre. Reinado de Dios en nuestra propia vida personal, en nuestro trabajo apostólico, en el proceso histórico de nuestros pueblos.

En el discernimiento está comprometida nuestra relación con el Dios que nos reveló Jesús, Dios de la vida y del amor, Dios creador, cuya voluntad es que todos tengamos vida en abundancia por medio de su Hijo; Dios rico en misericordia, protector de los pobres y de los pequeños.

Jesús se nos propone en primer lugar como camino de nuestra propia vida, pionero y consumidor de la fe. Puestos los ojos en él, estamos invitados a *«correr con fortaleza la carrera que tenemos por delante, dejando a un lado todo lo que nos estorba y el pecado que nos enreda, renovando las fuerzas de nuestras manos cansadas y de nuestras rodillas debilitadas para buscar el camino derecho, para que sane el pie que está cojo y no se tuerza más»*².

*En el discernimiento
está comprometida
nuestra relación con
el Dios que nos
reveló Jesús*

Jesús es el *servidor* del Padre. Enviado al mundo, no para realizar un proyecto personal suyo, sino el proyecto (la voluntad) de su Padre: que todos tengamos vida y que la vida nos desborde. Toda la vida de Jesús, el alimento que la sustenta, se sintetiza en esta tarea de anunciar y hacer realidad ese designio amoroso del Padre al que él llama «el reinado de Dios»: su cercanía misericordiosa, como un río formidable cuya corriente sana y trae vida a cuanto baña³.

Sus discípulos hemos sido convocados a compartir la misma misión, a ser con El y como El, servidores del reinado de Dios y su justicia.

² Hebr 12: 1, 12.

³ Cfr Ez 47.

El Padre es así glorificado por este servicio de Jesús y de nosotros, sus seguidores. La gloria del Padre consiste en que todos tengamos plenitud de vida. Es esto a lo que Jesús llama el proyecto, el designio, la voluntad del Padre. Que no consiste en un proyecto eterno y arcano que debamos descubrir trabajosamente, sino que es más bien su mismo actuar creador y re-creador en la historia y en el corazón de los hombres. Una voluntad que se descubre, por lo tanto, en la historia misma, donde Dios acontece amorosamente, sin cesar, silenciosamente. «*Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo*»⁴. Jesús no hace nada por su propia cuenta.

Su vida se despliega en un continuo «mirar lo que hace el Padre» para hacerlo también él. Está seguro de que el Padre lo ama y le muestra siempre lo que hace. Este es su incesante discernimiento. Los Evangelios nos lo muestran en estrecha comunicación con su Padre, a solas en oración, particularmente en los momentos de sus grandes opciones, como en los días de las tentaciones del desierto, antes de elegir a los doce, la víspera de prometer la eucaristía, en la transfiguración o en el momento de preguntarles qué piensan de él. El Padre es la brújula de todas sus acciones: lo que hace su Padre.

Al terminar su vida, Jesús puede dirigirse a Dios diciendo: «Y o te he glorificado aquí en el mundo, pues he llevado a cabo lo que me mandaste hacer: dar vida eterna a los que tú me diste»⁵. La gloria de Dios, expresada bellamente por San Ireneo con aquella frase tan conocida: «*gloria Dei, vivens homo*» e interpretada por Monseñor Romero: «la gloria de Dios es que el pobre viva», esa gloria de Dios, ha sido la pasión de Jesús y el sentido exclusivo de su vida. Por ella se volcó hacia las multitudes desprovistas de vida y de esperanza que encontró por sus caminos. Él no se entendió a sí mismo más que como sacramento del Dios rico en misericordia. Hizo presente al Padre como amor y misericordia. Y el Dios que «habita una luz inaccesible» se nos manifestó en su «filantropía»⁶ mediante esta revelación de Cristo. Pudimos «*verlo especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad*»⁷. Esta presencia de la gloria del Padre entre los hombres, fue manifiesta en primer lugar con aquellos «carentes de medios de subsistencia, los privados de libertad,

⁴ Jn 5: 17.

⁵ Ibid., 17: 4, 2.

⁶ Tit 3: 4.

⁷ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* 2.

los ciegos que no ven la belleza de la creación, los que viven en aflicción de corazón o sufren a causa de la injusticia social y finalmente los pecadores». Se hizo patente «*en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la 'condición humana' histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre*»⁸.

Todo esto lo realizó Jesús ungido por el Espíritu. Fue así como hizo su presentación mesiánica en la sinagoga de Nazaret, proclamándose enviado por el Padre con la fuerza de ese Amor-misericordia, para anunciar la buena nueva a los pobres. La unción del Espíritu lo hizo conmoverse en sus entrañas ante el dolor de su pueblo, ante las multitudes carentes de pastor, ante los ciegos, los paralíticos, los pecadores. San Pedro pudo resumir su vida ante Cornelio con aquellas hermosas palabras: «*Dios llenó de poder y del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y pasó haciendo el bien y sanando a todos los que sufrían bajo el poder del diablo*»⁹.

Este Espíritu de amor-misericordia es el don del Padre y del Hijo para «llevar a plenitud su obra en el mundo». Conducida por el Espíritu, la Iglesia toda y cada uno de los seguidores de Jesús, recibimos la inspiración, el consejo y la fuerza para continuar la misión de Jesús. Prometido por Jesús como «compañero» que estaría siempre con nosotros y en nosotros, como «maestro» que nos conduciría hasta la verdad completa, como «memoria viviente» de Jesús, como «intérprete» que nos indicaría lo que fuera sucediendo, como «fuerza» de testimonio en medio de un mundo que nos odiaría como al Maestro, el Espíritu es quien nos apremia (la caridad de Cristo no nos deja escapatoria) y nos orienta para acertar en todos nuestros discernimientos y para asegurar nuestra fidelidad en el seguimiento de Jesús para gloria del Padre. Es El quien va llevando en la historia el ritmo del Proyecto del Padre, anunciado por Jesús y continuado por nosotros.

En el discernimiento tenemos, pues, una *espiritualidad trinitaria*, que nos relaciona de manera muy específica y particular con las tres personas divinas: con el Padre para glorificarlo, dando vida: dejando que la vida nos penetre a nosotros a través de la acción vivificante del Espíritu y comunicando vida a nuestros hermanos, en todas sus dimensiones. Con el Hijo, como

⁸ *Ibíd.*, 3.

⁹ Hch 10: 38.

colaboradores del Servidor del reino, haciendo de nuestra vida un servicio como el suyo. Y con el Espíritu, en docilidad total a su unción, a fin de que ese servicio sea un auténtico seguimiento de Jesús y una realización verdadera del querer del Padre. La ley fundamental de nuestra vida sería pues, la interior ley del amor que el Espíritu escribe e imprime en nuestros corazones y que tenemos que discernir continuamente entre las múltiples y ambiguas sollicitaciones que asaltan nuestro espíritu.

EL DISCERNIMIENTO, CONTEMPLACIÓN PARA RECONOCER EL AMOR

Para quienes han hecho los **Ejercicios** de San Ignacio es suficientemente conocida la «contemplación para alcanzar amor» con que ellos usualmente culminan. Esta contemplación no es otra cosa que una síntesis de la espiritualidad de buscar y hallar a Dios en todas las cosas, de la unión con Dios en la acción.

Hemos dicho cómo Jesús, buscó y encontró a su Padre en el retirado silencio de la oración, en las montañas, al amanecer, especialmente en los momentos cruciales de sus opciones. Allí el Padre que tanto lo amaba, le mostraba «lo que El hacía», para que Jesús también lo hiciera. Pero igualmente nos enseñó Jesús que a su Padre no sólo se le encontraba en la oración retirada. Él lo encontró a cada paso de su vida. Todo le hablaba del reinado de su Padre: el grano de mostaza, la levadura que fermenta una masa, la mujer que busca angustiosamente una moneda, unos niños que jugaban en la plaza, unas bodas, la multitud de enfermos que yace junto a una piscina. Jesús era un contemplativo en la acción. Sabía escrutar los signos de los tiempos para descubrir el ritmo de su Padre y actuar en consecuencia. Vivió siempre en diálogo con la realidad desde la que el Padre le hablaba y le dictaba su voluntad. Esta fue la estructura básica de su discernimiento.

La espiritualidad del discernimiento está orientada a buscar y encontrar al Dios actuante en la vida

A Dios se le encuentra en la vida, en los acontecimientos, en la historia. Porque es allí donde acontece su actuar creador, donde realiza incesantemente su voluntad, su designio salvífico. Por eso la espiritualidad del discernimiento está orientada a buscar y encontrar al Dios actuante en la

vida, que se transparenta y se manifiesta en toda realidad, en todo acontecimiento y desde allí nos cuestiona y nos interpela.

Podríamos resumir, con San Ignacio, en cuatro aspectos o perspectivas esa presencia actuante del Amor en la realidad: en primer lugar, es un Amor que se da siempre, un don total y continuo para el hombre. «Dios coopera en todas las cosas, para el bien de los que lo aman»¹⁰. En cualquier acontecimiento nuestro, bueno o malo, gratificante o frustrante, podemos descubrir el Amor que actúa dando vida, rescatando al hombre de las fuerzas de muerte que lo asedian. En segundo lugar, es un Amor siempre presente, que nos invade totalmente, que sustenta nuestra vida: «en verdad no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en Él vivimos, nos movemos y existimos»¹¹. El salmo 139 expresa bellamente esta presencia íntima y amorosa de Dios, de la que no podemos escapar. Israel comprendió muy bien que su Dios era un guardián fiel, que velaba sobre la nación las veinticuatro horas del día:

¡Nunca permitirá que resbales! ¡Nunca se dominará el que te cuida! No, él nunca duerme; nunca duerme el guardián de Israel¹².

En tercer lugar, es un Amor laborioso. «Se habet ad modum operantis», decía San Ignacio. Se porta como un obrero, que está sirviendo humildemente al hombre, su creatura privilegiada. El Padre, con su misteriosa providencia sobre el mundo y la historia; el Hijo con su vida hecha servicio, fatiga, sufrimiento Y muerte; el Espíritu, huésped del alma, fuente incesante que salta hasta la vida eterna. El salmo 65 cantó poéticamente a este Dios trabajador: ahora como ingeniero que mantiene firmes las montañas con su poder y su fuerza y que contiene el mar impetuoso; ahora como sencillo jardinero que empapa los surcos de la tierra y nivela sus terrones, hace crecer los trigales y reverdecer los pastos. Finalmente, es un Amor que se transparenta a través de la creación y nos deja señales de su presencia y de su acción en todas las creaturas y en los acontecimientos. Por eso llama la Sabiduría «faltos de inteligencia» a todos los hombres que vivieron sin conocer a Dios.

A pesar de ver tantas cosas buenas, no reconocieron al que verdaderamente existe... si con la belleza de esos seres tanto se encantaron que llegaron a

¹⁰ Cfr. Rom 8: 28.

¹¹ Hch 17: 27-28.

¹² Sal 121.

tenerlos por dioses, deberían comprender que mucho más hermoso es el Señor de todos ellos, pues él, el autor de la belleza fue quien los creó... pues partiendo de la grandeza y de la belleza de lo creado se puede reflexionar y llegar a conocer a su creador¹³.

El discernimiento está enderezado a buscar y a encontrar esta presencia de Dios que se transparenta y manifiesta en los acontecimientos de la vida. La realidad, la historia, no son sólo un lugar para poner en práctica esa voluntad buscada y hallada en el retiro de la oración. Son lugar hermenéutico para descubrirla. Contemplar al Dios Amor que actúa en la historia «reconocerlo» para entregarle toda nuestra libertad. Es ahí donde coloca San Ignacio la oración del «Tomad, Señor y recibid»: «pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, *«enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad... como quien ofrece afectándose mucho»*¹⁴. Dios tomando nuestra libertad, ofrecida incondicionalmente, la hace coincidir con la suya, creadora y vivificante.

***Cada discernimiento
no es otra cosa que
reconocer por dónde
va el Amor***

El discernimiento es, pues, una contemplación en la vida para reconocer entre todos los complejos movimientos del mundo y de la historia, la corriente vivificante del Amor que los baña y para tirarnos en ella para recorrer el mismo camino de ese amor que da vida a todas las cosas. En síntesis, cada discernimiento no es otra cosa que reconocer por dónde va el Amor («ver lo que hace el Padre») para caminar en esa dirección. Estar unidos con Dios en la acción es vivir al unísono con el Amor de Dios; así como estar distraído de esa unión es caminar en contravía del Amor.

No se niega aquí la importancia y la necesidad de la oración retirada para el discernimiento. Pero se le da un lugar de interpretación, de profundización y enriquecimiento del encuentro realizado en la vida, de las mociones experimentadas en la praxis cotidiana. Gracias a este discernimiento, convertido en coherencia de vida, nos vamos identificando con el Amor y, por lo tanto, haciendo de nuestra vida: don de nosotros mismos para los demás, presencia continua para ellos («hacernos prójimos», especialmente sensibles al dolor de los pobres), amor laborioso y transparencia de Dios.

¹³ Sab 13: 1ss.

¹⁴ Ejercicios Espirituales 234.

EL EXAMEN, PRAXIS PARA DESCUBRIR EL ACONTECER DE DIOS EN NOSOTROS

En el artículo del P. Darío Restrepo: «Tiempos fuertes y tiempo cotidiano del discernimiento espiritual», que aparece en este mismo número, se hace una reflexión más pormenorizada del examen cotidiano. No obstante, quiero poner aquí unas cuantas líneas de reflexión que sirvan como aperitivo para entender mejor lo que él dice, así como para completar la temática del presente artículo sobre la espiritualidad del discernimiento. Tanto en el acontecer diario de nuestra vida como en el retiro de la oración, «se causan» en nuestro espíritu, usando el lenguaje ignaciano, diversas mociones de consolación y desolación, de alegría, temor, generosidad, miedo, turbación, agresividad. Es preciso examinar el origen de tales mociones, en el retiro de la reflexión, para poder desentrañar la «unción» del Espíritu que nos conduce y nos inspira para un seguimiento fiel de Jesús. De allí la importancia de este tiempo de reflexión o examen al que San Ignacio daba una importancia tal que eximía a veces de la oración a los enfermos y débiles, pero jamás del examen. El examen nos va a permitir ver cómo acontece Dios en nuestra vida, cómo nos va conduciendo el Señor por medio de su Espíritu. Es continuación de cuanto acabamos de decir sobre nuestra vida como una continua contemplación para reconocer el Amor. El examen es el momento fuerte en que tomamos mayor conciencia de esa presencia del Amor y la discernimos entre otras sollicitaciones que se causan en nuestro espíritu. ¿Cómo se ha manifestado el Amor de Dios sobre mí hoy, en este pedazo de mi jornada que examino? ¿Cómo he percibido el actuar creador de Dios en mí y en cuanto me rodea? ¿Ha pasado desapercibida para mí esa presencia actuante? ¿Le he sabido responder dócilmente?

Este examen comienza con un *reconocimiento agradecido* de ese acontecer del Amor en mí. ¿Cómo se ha dado, cómo se ha hecho presente, cómo ha trabajado, cómo se ha transparentado? Siguiendo las cuatro características de la contemplación para alcanzar amor. Conocimiento agradecido, porque toma también conciencia de la gratuidad de ese amor, que actúa muchas veces a pesar de mi insensibilidad, de mi indiferencia y de mi pecado. Que se da totalmente gratis.

En un segundo momento debo *pedir luz* para discernir ese Amor y para comprender cómo le he respondido. El discernimiento es un don; no

podemos ni reconocer la presencia del Espíritu de Jesús, ni saber cómo hemos respondido, si no es con la gracia. «*Nadie puede venir a mí si el Padre no lo trae*»¹⁵. No es un simple razonamiento, sino una penetración para conocer las cosas del Espíritu, lo que solo podemos hacer si tenemos dentro de nosotros la «sensatez» (la mente) de Cristo¹⁶.

Entonces se pasa al *examen propiamente tal*, que es la propia tarea del discernimiento, el «reconocimiento» del Espíritu entre todas las mociones, y la sincera confrontación con nosotros mismos para ver si hemos acatado al Espíritu o al pecado que habita en nosotros. Aquí aparecerán los datos positivos y negativos: del influjo del Espíritu y de la acción deletérea del pecado que ha obstruido la acción creadora del amor.

El momento siguiente es el de la *conversión al amor*. Dar gracias por lo positivo y pedir perdón por lo negativo. La conversión ha de traducirse en una praxis para retomar el camino del Espíritu del que me he distraído, realizando mi proyecto personal y no el de Dios del reino. Aquí es donde el examen se transforma en un instrumento de inmensa ayuda para mantenernos unidos con Dios en la acción.

EL DISCERNIMIENTO COMO ACTITUD ESPIRITUAL

Lo que quisiera mostrar aquí es que el discernimiento no es una técnica o un proceso, ni un instrumento muy útil para descubrirlo que Dios quiere de nosotros e n un momento dado de nuestra vida. Es verdad que tiene un proceso, una técnica, una dinámica, que hay que aprender en la práctica. Pero por todo lo que hemos dicho podemos comprender que en su esencia es algo más: es una actitud del espíritu. Una manera de ser propia del cristiano, que lo lleva a actuar siempre consultando el querer de Dios bajo la conducción del Espíritu, es decir, del Amor-misericordia de Dios.

Como actitud espiritual, que se identifica con la vida de Jesús, ungido por el Espíritu, es algo que crece y madura. Es el resultado de una intensa vida espiritual, de una íntima experiencia de Dios que nos da la capacidad de descubrir con cierta connaturalidad y espontaneidad la voz del Señor dentro

¹⁵ Jn 6: 44.

¹⁶ Cfr. 1 Cor 2: 14-16.

de nosotros. Es una finura espiritual que nos permite «tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús», en frase de San Pablo; el «*sensus Christi*», como solía decir el P. Arrupe.

Fruto de un largo caminar, nadie puede pretender que una persona o una comunidad, simplemente armados de una técnica aprendida en un curso o seminario, esté en capacidad de emprender un proceso de discernimiento. Tanto las personas como las comunidades han de someterse a un paciente proceso de crecimiento espiritual, propio de toda otra tarea en la vida cristiana. Hacemos, por ejemplo, votos de pobreza, castidad y obediencia. Pero ellos, más que una promesa de guardar fidelidad, son un penoso caminar de pecadores detrás de Cristo, tratando de llegar a ser pobres, vírgenes, obedientes como él. Es un camino de empobrecimiento, de virginización, de identificación con el proyecto del Padre: «*Sigo mi carrera por ver si alcanzo a Cristo, ya que él me alcanzó a mí primero*»¹⁷.

En el capítulo quinto de la carta a los Hebreos, leemos este reclamo a los cristianos:

Ustedes son lentos para entender. Al cabo de tanto tiempo ya deberían ser maestros; en cambio, necesitan que se les expliquen de nuevo las cosas más sencillas de las enseñanzas de Dios. Han vuelto a ser tan débiles, que en vez de comida sólida, tienen que tomar leche. Y los que se alimentan de leche son como niños de pecho, incapaces de juzgar rectamente. La comida sólida es para los adultos, que con la práctica tienen una sensibilidad entrenada para distinguir lo bueno de lo malo¹⁸.

La carta habla de una sensibilidad entrenada a base de la praxis. Una capacidad connatural de reconocer la voz del Señor entre muchas otras voces. Como hablaba Jesús de sus ovejas:

Así como mi Padre me conoce a mí y yo conozco a mi Padre, así también yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí... Las ovejas me siguen porque reconozco en mi voz¹⁹.

¹⁷ Flp 3: 12.

¹⁸ Hebr 5: 11-14.

¹⁹ Jn 10: 14-15, 4.

Saber distinguirlo que es del Señor y lo que no es; cosa que, por lo demás, todos tenemos experiencia de haber hecho en muchas circunstancias de nuestra vida.

Para alcanzar esta madurez, esta sensibilidad y connaturalidad, es preciso crecer en el amor, es decir, compenetrarnos del Espíritu de Jesús. Y esto, ante todo, es un don que ha de ser pedido con insistencia. San Pablo oraba en este sentido por los cristianos de Filipos:

Y esto pido en mi oración: que su amor crezca todavía más y más en penetración y en sensibilidad para todo; así podrán ustedes escoger siempre lo mejor y vivir una vida limpia y no habrá nada que reprocharles cuando Cristo regrese, pues ustedes presentarán una abundante cosecha de buenas acciones gracias a Jesucristo, para honra y gloria de Dios²⁰.

Un cristiano, dice Pablo en otro lugar, a los Corintos, es un hombre que tiene el don del Espíritu, la sensatez de Cristo, para discernir. Pero esto no es otra cosa que un don:

Solamente el Espíritu de Dios sabe lo que hay en Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que entendamos las cosas que Dios en su bondad nos ha dado. Hablamos de estas cosas con palabras que el Espíritu de Dios nos ha enseñado, y no con palabras que hayamos aprendido por nuestra propia sabiduría... El que no es espiritual no acepta las cosas que son el Espíritu de Dios, porque para él son tonterías. Y tampoco las puede captar porque hay que juzgarlas con el criterio del Espíritu. Pero aquel que tiene el Espíritu puede juzgar todas las cosas y nadie lo puede juzgar a él. Pues la Escritura dice: «¿quién conoce la mente del Señor, para poder darle lecciones?» Sin embargo, nuestro modo de pensar es el de Cristo²¹.

Gracias a que hemos recibido este don (*el nous*, la mente, de Cristo) podemos discernir, podemos acertar en nuestras opciones, movidos por el mismo Espíritu de Jesús que ha llenado con su amor nuestro corazón²². Por eso, cuando el Espíritu nos mueve, podemos reconocer por connaturalidad su acción amorosa en nosotros, que nos unge como a Jesús, para pasar por el mundo haciendo el bien y sanando toda dolencia. Pero se trata de un don

²⁰ Flp 1: 9-11.

²¹ 1 Cor 2: 11-16.

²² Cfr. Rom 5: 5.

que hemos de alimentar en nosotros, cultivarlo Y hacerlo creer, de tal manera que adquiramos un «sentido» espiritual, instrumento que nos permitirá captar en cada momento la acción del Espíritu. Tal es el sentido de la oración de San Pablo que acabamos de citar. Hemos de tener un corazón limpio para no extinguir, ni acallar la voz del Espíritu. José María Castillo S.J. recogiendo toda esta línea de pensamiento, describe así el discernimiento:

El discernimiento cristiano consiste en una experiencia original y profunda (estrictamente personal). La experiencia del amor cristiano. Este amor, que invade la vida afectiva del creyente, hace brotar en el hombre una sensibilidad y un conocimiento penetrante (Flp 1: 9-10) que descubre, con una cierta connaturalidad y espontaneidad, lo que agrada al Señor... este descubrimiento no se hace a partir de un código o reglamento legal, que se aplica a la situación concreta (no se trata, por consiguiente del mecanismo de una deducción racional), sino a partir de la experiencia de la acción del Espíritu en la propia conciencia²³.

Habla de una experiencia estrictamente personal. Nadie puede discernir por nosotros. El que tiene el Espíritu es capaz de enjuiciarlo todo y nadie lo puede enjuiciar. Aunque se precisa la ayuda de personas que tengan una experiencia espiritual y que nos adviertan sobre la autenticidad de nuestro discernimiento, como puede ser un superior o un asesor espiritual. Experiencia estrictamente personal aun tratándose del discernimiento comunitario, puesto que en comunidad se busca el consenso, la comunión en torno a la voluntad de Dios, percibida a través de la experiencia personal de quienes están juntos discerniendo lo que sienten en el Señor sobre un problema.

Es la experiencia cristiana del amor, que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu. Es cuanto hemos dicho antes: una experiencia que consiste en «reconocer» el amor que nos unge y nos apremia, invadiendo la vida afectiva del creyente.

El discernimiento va, pues, en una línea afectiva, no es una deducción racional. Y de ahí el peligro de reducir el discernimiento al tercer tiempo de elección, por razones en pro y en contra, que propone san Ignacio cuando no se puede descubrir lo que Dios quiere por experiencia de mociones de consolación y desolación, y que es sólo un recurso final.

²³ JOSÉ MARÍA CASTILLO S.J., *El Discernimiento cristiano. Por una conciencia crítica*, (Verdad e Imagen 87), Salamanca 1984, 152.

Es la presencia del Espíritu que produce en mí sus frutos de gozo, paz, alegría, generosidad, fortaleza, dominio propio; que hace brotar en mí una sensibilidad y un conocimiento penetrante para descubrir con cierta connaturalidad y espontaneidad lo que agrada al Señor.

Pero para poder descubrir esta voz del Espíritu es necesario tener una escala de valores y unos criterios auténticamente evangélicos. Los valores del mundo, con los cuales frecuentemente discernimos sin damos mucha cuenta, nos llevan a distorsionar nuestros discernimientos. Una persona que tiene como criterios de discernimiento el éxito, el prestigio, el poder, la riqueza, la comodidad, no posee instrumentos para discernir lo que agrada al Señor y fácilmente se autoengaña tomando y consagrando como voluntad del Señor lo que no es otra cosa que el fruto de su propio egoísmo, de su ideología.

*Es la presencia del
Espíritu que produce en
mí sus frutos de gozo,
paz, alegría, generosidad,
fortaleza, dominio propio*

De ahí que San Pablo advierta a los romanos: «No se dejen modelar por los esquemas de este mundo: renuévense o vayan transformándose con la nueva mentalidad, para que sean capaces de discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le es grato, lo perfecto»²⁴. Solamente en la medida en que nos dejamos transformar por la nueva mentalidad, que es el espíritu de las bienaventuranzas, estaremos capacitados con criterios evangélicos para discernir la voluntad del Señor. Allí está lo que Mario Gutiérrez s.j., llama la piedra de toque de la autenticidad de nuestra fe.

LA MISERICORDIA, CLIMA DE TODO DISCERNIMIENTO

Este último punto corre el riesgo de abundar demasiado en cuanto se ha dicho, pero puede ser una conclusión de todo.

Voy a hablar de la misericordia y voy a hacerlo desde la perspectiva en que habla de ella el Papa Juan Pablo II en su hermosa encíclica *Dives in misericordia*.

²⁴ Rom 12: 2.

Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo en el mundo en que vivimos está presente el amor, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor que se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la «condición humana» histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado «misericordia» en lenguaje bíblico... En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad, en la historia del hombre –que es a la vez historia de pecado y de muerte– el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal²⁵.

La misericordia es la revelación, en Jesús, del amor creador y vivificante del Padre en una historia marcada por el sufrimiento y el pecado. Es un amor que se hace solidario con el hombre disminuido o amenazado en su existencia, para ofrecerle la vida. No es una compasión benevolente ofrecida desde arriba, que humilla a quien es objeto de misericordia. Es un amor humilde, que se agacha, que tiende la mano, un amor tierno y generoso. Es el amor que llenaba a Jesús y que lo volcaba sobre los pobres y desheredados de su pueblo. Es el Espíritu del que estaba ungido para anunciar la buena nueva a los pobres.

Este amor lo experimentó Israel como ternura y fidelidad de Dios con su pueblo. Fue un amor liberador que no se olvidó de la alianza a pesar de la infidelidad del pueblo y de su idolatría. En el Nuevo Testamento, la comunidad cristiana experimenta ese amor también en la persona de Jesús, sacramento de la misericordia del Padre: el amor compadecido que vino a ofrecer vida y abundancia de vida allí donde había muerte, sufrimiento, marginación y condena. El amor-misericordia, expresado tan bellamente en Jeremías y en Oseas como un «*darle un vuelco el corazón, conmoverse las entrañas de Dios*»²⁶ aparece en cada página del Evangelio: es Jesús compadecido de los ciegos, de la viuda de Naím, de las multitudes abandonadas, del paralítico de la piscina, de los leprosos que le piden compasión. Es el amor del buen samaritano, desviando su camino, mientras hacían un rodeo el sacerdote y el levita; es el amor del Padre al regreso de su hijo pródigo.

²⁵ JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia* 3 y 8.

²⁶ Jer 31: 30 y Os 11: 8.

El mismo amor ha sido derramado en nuestros corazones. Es el amor que inspira nuestros discernimientos y nos mueve a actuar con los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Si estamos ungidos por el mismo Espíritu con que Jesús fue llevado a anunciar la buena nueva a los pobres, a dar vista a los ciegos, a liberar a los cautivos, a proclamar la libertad a los oprimidos, será la misericordia la que ha de dirigir en primer lugar nuestros discernimientos. Y esto tiene una validez especial para nuestros discernimientos cristianos en un continente marcado por la injusticia y la opresión. Porque quien nos mueve es el Espíritu de misericordia, de libertad y de vida. Como cristianos, discípulos y seguidores de Jesús, nuestra misión es continuar la suya, siendo portadores de misericordia, mensajeros de un Evangelio que es mensaje de libertad y fuerza de liberación.

La misericordia es, pues, una moción del Espíritu que actuará continuamente sobre nosotros, especialmente en todo lo referente a la opción preferencial por los pobres, en el compromiso con la justicia y con la liberación. Ella nos llevará a esa conversión a la que nos llaman los obispos en Puebla: asumir la causa de los pobres como si fuera nuestra propia causa, la causa de Cristo. Y una moción a la que hemos de ser especialmente sensibles, porque será la manifestación más patente del Espíritu en nosotros.

Un mal discernimiento hicieron el sacerdote y el levita que haciendo un rodeo evitaron al hombre tirado en el camino. No los movía el amor-misericordia y obraron sobre ellos mociones que les parecieron más importantes, quizás el temor a la impureza legal. La mente de Jesús era diametralmente opuesta. El enseñó a «impurificarse» acercándose al leproso para limpiarlo, a un leproso proscrito higiénica, social y religiosamente. Denunció la hipocresía de quienes pagan el impuesto de la menta, del anís y del comino, *pero no hacen caso de la enseñanza más importante de la ley que es la justicia, la misericordia y la fidelidad. Y proclamó un Dios que se complace en que seamos compasivos y no en que ofrezcamos sacrificios*²⁷.

Somos hijos del Espíritu y debemos actuar guiados por el Espíritu. Este Espíritu es el amor-misericordia del Padre, Espíritu de amor, de alegría, de paz, de generosidad, de cordialidad, de paciencia, de comprensión.

²⁷ Mt 23: 23. 9: 13.

Como clima de todo discernimiento, la misericordia ha de ser inspiración, guía y meta de nuestras búsquedas de la voluntad de Dios. Como *inspiración*, será el amor que nos sensibilice ante el dolor del hermano y sacándonos de nuestra frialdad nos permita «abrir el corazón a nuestra propia carne» y hacernos prójimos de los hermanos predilectos de Jesús, desde los cuales él nos cuestiona e interpela²⁸. Como *guía* de nuestros discernimientos, nos dictará continuamente el talante evangélico de nuestras acciones, nos examinará sobre la ternura y la justicia, nos enseñará que lo que agrada al Señor es que practiquemos la justicia, amemos con ternura y caminemos

*La misericordia
ha de ser
inspiración, guía y
meta de nuestras
búsquedas de la
voluntad de Dios*

humildemente con nuestro Dios²⁹. Como meta, será un amor que nunca conoce límites, que estará siempre apremiándonos para actuar con los mismos sentimientos de Jesús hasta identificarnos con él y con sus hermanos más pequeños. Este amor-misericordia se expresará en nosotros con el tercer grado de amor que señala San Ignacio al Ejercitante como clima ideal para su elección: estar identifica-dos con Jesús pobre y humillado; «ser puestos con el Hijo». Ideal que el actual General

de los Jesuitas ha presentado a sus compañeros, en esta hora de la historia, invitándolos a hacer de él una súplica insistente: «*La petición de Ignacio de ser puesto con el Hijo, escuchada en La Storta, se convierte en la oración de la Compañía de ser puesta con aquellos que encarnan la predilección de Jesucristo, en y para su Iglesia*»³⁰. Oración que no se agota en los jesuitas, que tiene todo su sentido para los cristianos de este continente a la hora de la opción preferencial por los pobres, y que se confunde con la petición de Pablo por los cristianos de Filipos: que crezca más y más nuestro amor en penetración y en sensibilidad, para que podamos conocer la interpelación del Espíritu de amor y misericordia que nos vuelca hoy, como a Jesús, a tomar partido por los pobres, a solidarizarnos con ellos y a ponernos generosamente en su servicio. Fundamental criterio de discernimiento para concretizar las opciones que nos exige hoy la Iglesia para ser auténticos cristianos en el presente y en el futuro de América Latina.

²⁸ Cfr. Puebla 31ss.

²⁹ Míq 6: 8.

³⁰ PETER-HANS KOLVENBACH, S.J., *Carta sobre la recepción de la CG 33: Información S.J.*, 96 (marzo-abril 1985) 43.